

¡Cállate, dragón malvado! No quiero tener más hijos contigo

V3

Capítulo 78: Si, niño, he regresado.

Siguiendo el brazalete de Yuna, el grupo llegó a un lugar apartado.

Por supuesto, "aislado" era relativo: aquí, en el deshabitado Extremo Norte, todo estaba cubierto de nieve y desolado, y un lugar se parecía mucho a otro.



Mientras se movían, la señora mayor Diane sacó una brújula de su bolsillo.

La brújula mostraba la dirección y una serie de coordenadas.

"¿Seguiremos avanzando? El mapa de posicionamiento indica que ya estamos bastante lejos de los docentes", señaló.

La brújula era una herramienta especial para los estudiantes que aún no dominaban la magia del rastreo, diseñada para evitar que se perdieran en el desierto nevado.

Yuna miró su pulsera y notó el brillo casi constante.

La luz de la pulsera, ahora fija en lugar de parpadear, indicaba que estaban increíblemente cerca de la "cosa" que quería que encontraran.

Sin embargo, al mirar a su alrededor, no pudieron ver ningún punto de referencia ni estructura visible.

"¿El brazalete solo parpadea para presumir?", se burló Anton.

Yuna suspiró. «Parece que nos emocionábamos por nada. Aquí no hay nada».

Pasando el dedo sobre la pulsera que le había regalado su padre, no pudo ocultar su decepción.

"No solo nos hicimos ilusiones, sino que también perdimos tiempo que podríamos haber dedicado a capturar criaturas peligrosas".



Anton se burló: "Esta puntuación de evaluación está prácticamente arruinada".

Una vez que alguien empieza a ser negativo, se propaga rápidamente. Aunque estaban acostumbrados a sus bromas habituales, estar allí con las manos vacías les desanimó aún más, dejando solo las quejas de Anton flotando en el aire frío.

Pero Noa no estaba dispuesta a rendirse.

Ella examinó los alrededores y no vio nada más que nieve blanca interminable.

Sin embargo, cada vez que Yuna daba un paso más hacia adelante, el brillo constante de la pulsera se transformaba en un parpadeo rápido.

Esto significaba que todo lo que la pulsera quería que encontraran estaba ahí; ir más allá o más atrás los sacaría fuera de su alcance.

Pero si no había ninguna estructura obvia cerca...

Mientras reflexionaba, Noa miró hacia el cielo y luego hacia la nieve bajo sus pies.

Se agachó y empezó a quitar la nieve. Mirando hacia atrás, le gritó a Yuna: «Sénior, ¿podrías intentar poner tu brazalete aquí?».



"Oh, claro."

Yuna se acercó rápidamente, se agachó junto a Noa y colocó la pulsera en el lugar que Noa había descubierto.

Como Noa había adivinado, la luz se intensificó, casi como si dijera: "¡Aquí! ¡Aquí está!".

—No podemos ver el objeto porque está enterrado bajo la nieve —explicó Noa, poniéndose de pie y dirigiéndose a los alumnos mayores—. Derritamos la capa superior de nieve con fuego de dragón a ver si aparece algo.

Yuna, Diane y Raymond estaban a bordo.

Anton murmuró algo sobre "recibir órdenes de un niño", pero también preparó su fuego de dragón. Incluso Helena conjuró un pequeño hechizo de fuego.

—Noa, ¿no conoces el fuego del dragón? —preguntó Yuna.

Al oír esto, Anton intervino: «Para un dragón joven, no conocer el fuego de dragón es bastante laxo, ¿no? Cuando estaba en la División de Jóvenes Dragones...»

La fanfarronería de Anton fue interrumpida por un sonido agudo y crepitante.



Noa sostenía una bola de relámpago en la mano; la luz azul proyectaba un resplandor frío sobre su rostro pequeño y sereno. «Mi elemento es el relámpago. Aún no he estudiado un tipo secundario, así que tendré que confiar en todos ustedes».

—Increíble... poder controlar rayos a tan temprana edad — murmuró Yuna con admiración—. Mi padre intentaría reclutarte si viera esto.

Noa descartó su magia y se sacudió las chispas residuales de la mano. "Gracias, mayor. Empecemos; si no hay nada, deberíamos regresar".

El grupo se puso a trabajar inmediatamente.

El fuego del dragón derritió la nieve capa por capa.

Pronto, sintieron que el fuego de su dragón golpeaba algo que no podía atravesarlo.

Una vez que la nieve desapareció, una enorme losa de piedra quedó expuesta debajo de ellos.

“¡Realmente hay algo aquí!” dijo Diane emocionada.

—Pero ¿para qué sirve esta losa de piedra? —preguntó Raymond.

“¿Por qué no echamos un vistazo?”



Anton saltó sobre la losa y se agachó para examinarla.

La losa estaba cubierta con un antiguo texto de dragón y intrincadas runas mágicas.

“Estas palabras parecen contar una historia, un fragmento de la historia de nuestros antepasados”, explicó Anton. “Y estas runas... parecen una especie de sello. Parece requerir magia específica para abrirlo”.

Anton pasó la mano por la losa. «Es más como una puerta que como una losa. Debajo yace lo que el brazalete intentaba llevarnos».

Noa parpadeó, inclinándose hacia Yuna. "De hecho, sabe mucho".

Yuna rió entre dientes: «Antón pertenece a un clan muy antiguo. Conoce bien estas cosas».

Noa asintió.

Si bien Anton podía ser un poco arrogante, sabía lo que hacía.

Los demás saltaron para unirse a él y aterrizaron en la losa.

—Entonces, ¿cómo abrimos esta puerta? —preguntó Diane.



Anton se giró y le tendió la mano a Yuna.

"¿Qué?"

—La pulsera. Dámela.

—Está bien. Pero no lo rompas, o mi papá se pondrá furioso.

Yuna le entregó la pulsera con una palabra de advertencia.

Tranquilo, si se rompe lo reemplazaré.

Anton tomó la pulsera, se agachó y la presionó contra el centro de la losa.

Ellos esperaron.

No pasó nada.

Pasó un momento.

Todavía no hay señales.

"Bueno, parece que nuestra pequeña búsqueda del tesoro termina aquí", bromeó Raymond.

Todos los demás suspiraron decepcionados.



Justo cuando estaban a punto de irse, la losa comenzó a temblar violentamente debajo de ellos.

¿Qué... qué está pasando? ¿Un terremoto?

¡No, estamos en una montaña nevada! ¡La nieve causa avalanchas, no terremotos!

“Oh, bien, entonces no habrá terremoto”.

¡Chicos! ¡Una avalancha sigue siendo peligrosa!

Presas del pánico, se prepararon para volver a subir.

Pero justo cuando se movían, la losa se partió por la mitad y se abrió hacia los lados, lo que les hizo perder el equilibrio.

La gravedad tomó el control y los seis se desplomaron a través de la abertura, cayendo en una caverna aparentemente sin fondo.

Sus gritos se elevaron con el viento y la nieve, pero pronto se perdieron en la ventisca.

Noa no sabía cuánto tiempo había pasado antes de abrir lentamente los ojos.



"Puaj..."

Mientras luchaba por sentarse, miró a su alrededor mientras recuperaba la visión.

Se encontraban en un espacioso y majestuoso salón, con antiguas inscripciones de dragones talladas en cada escalón y columna de piedra. Las antorchas a lo largo de las paredes iluminaban el espacio, proyectando luz sobre magníficos relieves de dragones tallados en la piedra.

El suelo bajo ella estaba hecho de un material pulido y reflectante que no reconocía. Esta estructura debía de llevar allí miles, quizá incluso decenas de miles, de años.

Su mirada se desvió y vio a Yuna y Anton acostados cerca, pero no pudo ver a Helena, Diane o Raymond.

El pánico se apoderó de su pecho, pero se obligó a permanecer de pie a pesar del dolor que sacudía su cuerpo.

¡Helena! ¡Helena, ¿dónde estás?!

Su voz resonó por todo el vasto salón, pero no recibió respuesta.

En ese momento, Yuna y Anton gimieron mientras recuperaban la conciencia.



“Uf... fue una caída muy dura...”

Anton murmuró mientras se ponía de pie, mirando a su alrededor confundido. “¿Dónde... estamos?”

“Debajo de la puerta.”

Yuna dudó antes de añadir: “O mejor dicho, debajo de la capa de hielo del Extremo Norte”.

—¿Qué clase de lugar es este? Está desierto —murmuró Anton.

También se dio cuenta de que Raymond y los demás habían desaparecido. “¿Dónde están los demás?”

Yuna negó con la cabeza. “¿Quizás nos separamos al caer?”

“¡Helena!”

La voz de Noa los interrumpió. Se dirigía hacia la única puerta visible del edificio.

—¡Noa! ¡No te vayas! Las reglas de evaluación dicen que, en caso de emergencia, debemos quedarnos quietos y esperar ayuda —gritó Yuna.

Noa subió las escaleras de piedra y se dio la vuelta con determinación. «Tengo que encontrar a Helena. Está aquí por mi culpa; no puedo permitir que le pase nada».



"Pero-"

Antes de que Yuna pudiera terminar, el suelo comenzó a temblar una vez más.

**Anton bajó el centro de gravedad, manteniendo el equilibrio.
"¡Otra vez no! ¡Ni siquiera podemos volar todavía!"**

Los dragones solo aprendieron a transformarse y a volar después de los veinte. De lo contrario, no habrían caído aquí.

Esta vez, sin embargo, el suelo no se hundió ni ninguna puerta se abrió de repente.

¡Bum...bum...!

Se oyeron pesados pasos detrás de la única puerta.

Los tres contuvieron la respiración mientras miraban fijamente la puerta.

Con un estruendo atronador, la puerta se abrió con un crujido.

Un enorme gigante de piedra pasó a grandes zancadas, cada paso era lo suficientemente pesado como para hacer temblar el suelo.



El gigante medía más de diez metros de altura, casi tan grande como un dragón adulto. Sus ojos brillaban con una luz blanca misteriosa, y un cristal brillaba en su frente.

Cada paso enviaba una ola de presión sobre Noa y sus compañeros.

“Oye... esto no puede ser una amenaza de clase A, ¿verdad?”

Anton retrocedió. “¡Yuna, tenemos que correr!”

¿Correr? ¿Adónde? La única salida está detrás del gigante. ¿No tenemos más remedio que atravesarla!

Con eso, Yuna invocó fuego de dragón y lo arrojó al gigante de piedra.

Las llamas alcanzaron su cuerpo pero desaparecieron instantáneamente, sin dejar rastro.

El gigante pareció enfadarse y aceleró el paso hacia ellos.

Yuna y Anton lanzaron ataques en un intento desesperado por detenerlo.

“¡Niño, quítate del camino!”



Anton gritó, enviando dos corrientes de fuego de dragón hacia el gigante.

Pero el resultado fue el mismo: sus ataques combinados no pudieron hacerle daño.

—Maldita sea... no tiene ningún efecto —murmuró Yuna con el rostro tenso.

Anton ya estaba sudando,

Tragando saliva nerviosamente. "¿Qué... qué hacemos?"

Yuna quería burlarse de Anton, pero ahora no era el momento.

Necesitaban una forma de derrotar al gigante antes de que los convirtiera en pasta.

**De repente, dos arcos de rayos impactaron al gigante,
dejándolo ileso.**

—¡Niño, no empeores las cosas! ¡Atrás! —gritó Anton.

**Noa lo miró con calma. Era curioso, pensó, cómo podía estar
empapado en sudor y aún tener el valor de decirle que no
interfiriera.**

Ella se volvió hacia el gigante y lo observó con atención.



**Recordó el reciente ataque en el Santuario del Dragón Rojo de
la tía Isha, donde el Rey Dragón Konstantin había usado un
cuerpo reforzado con partes de mamut de roca de acero,
haciendo que la magia regular fuera ineficaz.**

**La única forma de dañar un cuerpo así era con la Magia
Primordial de su madre... o con ataques físicos.**

**Me pregunto si la técnica de las Nueve Puertas del Infierno de
papá funcionará. Y si la combino con una carga de
relámpago...**

**Con este plan en mente, Noa corrió para ganar distancia del
gigante.**

**¿Qué...? ¡Esa niña se escapa rápido! ¡Ni siquiera la he visto
llorar! —se burló Anton.**

—¡Antón! —gritó Yuna.

"¿Qué?"

“Noa no se escapa.”

¿No lo es? Entonces, ¿qué está... qué está haciendo? Esa postura...

Un sonido agudo y crepitante llenó el pasillo, resonando en las paredes.



Un rayo explosivo surgió a los pies de Noa, levantando nubes de polvo.

Se agachó ligeramente, agarrando firmemente su muñeca derecha mientras una chispa azul oscura parpadeaba en su palma.

“¿Esta distancia... debería ser suficiente!”

Noa apenas había comenzado a practicar las Nueve Puertas del Infierno, y su técnica de refuerzo corporal era limitada.

Sin embargo, cuando se combina con la naturaleza penetrante de su carga de rayo...

Sus posibilidades de éxito se dispararon.

Pero si fracasaba, las consecuencias serían nefastas.

Pero para encontrar a Helena lo antes posible, Noa no tuvo más remedio que correr el riesgo.

Con un rayo, Noa salió disparada hacia adelante y el suelo se hizo añicos a su paso.

En un instante, cerró la distancia, convirtiéndose en un borrón ante el gigante de piedra.

El gigante fue demasiado lento para interceptarla.



Saltando alto, la muchacha empujó su mano brillante hacia el pecho del gigante.

¡Auge!

El impacto provocó que una nube de polvo se elevara por todo el pasillo.

“¡No!”

Yuna gritó y se lanzó hacia adelante.

Cuando el polvo se disipó, Noa permaneció en el centro de una pila de escombros, respirando con dificultad y con la mano derecha temblando por la tensión del ataque.

—Noa... ¿estás bien? —preguntó Yuna con voz preocupada.

Noa se inclinó, recogió un cristal blanco de la frente del gigante, lo examinó brevemente y luego lo guardó en su bolsillo.

—Estoy bien. Vamos a buscar a los demás, señor.

Noa se sacudió el polvo de la cara, caminando sobre los escombros mientras subía las escaleras hacia la única puerta.

Yuna miró a Anton con una sonrisa burlona. "Quizás seas tú quien nos frena, chico".



Anton se sonrojó y no dijo nada.

Los dos siguieron rápidamente a Noa, atravesando la puerta y adentrándose más en el interior.

¡Helena! ¡Helena, ¿dónde estás?!

¡Diane! ¡Raymond! ¡¿Nos oyes?!

Sólo los ecos respondieron a sus llamadas.

Después de caminar un poco más, Anton se detuvo de repente.

"¿Qué pasa?" preguntó Yuna, mirando hacia atrás.

—Yuna, ¿crees que... ya podrían estar...?

No me gafes, idiota. Los vamos a encontrar.

Anton se encogió de hombros. "¿Y dónde buscaremos? No tenemos apoyo, ni mapa; estamos completamente a ciegas aquí. Si aparece otro gigante, ¿cuál es tu plan? ¿Hacer que la niña use su rayo otra vez? A estas alturas, se romperá la mano derecha."

La tensión aumentó y las bromas se convirtieron en disputas.



—¿Y cuál es tu plan? ¿Quedarnos aquí esperando la muerte?

Seguir adelante solo nos llevará al mismo resultado. ¿Qué sentido tiene?

“¿Es mejor que quedarnos aquí como tontos, esperando a que nos aplasten!”

“...”

La discusión continuó.

Noa estaba demasiado cansada para intentar mediar.

Estaba agotada y sentía una creciente necesidad de hundirse contra la pared y dormir.

Ese último ataque había drenado casi toda su magia y no tenía idea de a cuántos gigantes más se enfrentarían.

¿Sería capaz de encontrar a su amiga antes de que fuera demasiado tarde?

Ella no lo sabía.

Lo único que podía hacer era “seguir moviéndose”.



Arrastrando su cuerpo cansado, Noa se obligó a dar otro paso hacia adelante.

Pero su visión se volvió borrosa y se encontró apoyándose contra la pared buscando apoyo.

Mientras se agachaba, sus agudos ojos captaron algo.

Era... un fino mechón de cabello.

Una hebra azul tenue.

“Azul... ¿es de Helena!”

¿Ésta fue la pista que le dio Helena!

Revitalizado por el descubrimiento, Noa siguió adelante con energía renovada.

Siguiendo el rastro de Helena, fue avanzando a tientas.

Los demás, al ver esto, guardaron silencio, abandonaron su disputa y se apresuraron a alcanzarlos.

El sendero continuó hacia adelante, guiando a Noa hacia su amiga.

Pasaron por largos pasillos iluminados por antorchas, esquivando más gigantes de piedra y navegando a través de trampas.



Noa sintió un instinto: estaba cerca de encontrar a Helena.

"¡Detener!"

Noa levantó la mano bruscamente.

"¿Qué pasa?" preguntó Yuna.

"Hay alguien en la habitación de adelante."

Noa hizo un gesto hacia el final del pasillo.

Yuna y Anton siguieron su mirada.

De hecho, una tenue luz se derramaba desde la habitación que se encontraba frente a ella, junto con voces murmuradas.

Noa guardó los mechones azules de Helena en su bolsillo y luego caminó hacia adelante en silencio.

Los demás le siguieron teniendo cuidado de no hacer ruido.

En la puerta, Noa podía oír las voces claramente.

“Entonces, este es el Rey Dragón Primordial, Noé...”



“Los textos antiguos y los murales en la pared lo confirman: este es efectivamente el lugar de descanso de Noé”.

Si... Puedo sentirlo. El Poder Primordial... late en mi interior.

“Mayor, ¡este magnífico poder pronto será tuyo!”

—Fehr, tengo que agradecerte. Sin tu ayuda, nunca habría llegado hasta aquí. Oh, espera, parece que tenemos visitas nuevas.

Los tres que estaban afuera se quedaron paralizados al darse cuenta de que los habían descubierto.

Se dieron la vuelta para huir, pero ya era demasiado tarde.

Varios guardias dragones emergieron de las sombras, los capturaron y los arrastraron a la habitación.

Los tres niños lucharon, pero ya estaban exhaustos, no eran rival para los dragones adultos.

—Otros tres. Parece que no somos los únicos interesados en el Poder Primordial, ¿verdad, Konstantin? —comentó Fehr.

¿Konstantin?



Noa dejó de luchar y miró a los dos dragones que tenía delante.

Uno de ellos era el dragón héroe de sus libros de texto, el Rey Dragón Carmesí que había sido derrotado por su padre dos veces...

Ella miró con incredulidad y abrió mucho los ojos.

“Konstantin... todavía estás—”

El ardiente Rey Dragón dio un paso adelante; su voz era profunda y autoritaria.

**“Sí, hijos, he regresado.”
Traducido por:**

๐๙๗๐ - RexScan